D. Ordoñana

La Con. de la Guerra Grande

B. del P. L.

LA CONCLUSION

DE LA

GUERRA GRANDE

POR EL DOCTOR

DON DOMINGO ORDOÑANA



MONTEVIDEO

Imprenta RURAL á vapor, Florida 84

1887

DEDICADO

Á MI DISTINGUIDO AMIGO DON REMIGIO CASTELLANOS

JEFE POLÍTICO DEL DEPARTAMENTO DE CERRO-LARGO

LA CONCLUSION DE LA GUERRA GRANDE.

Señores:

Antes de ahora me he permitido yo hacer ruda y desembarazada crítica á los historiadores de América que en todos conceptos aparecían contrariándose en lo sustancial de sus referencias y contrariándose tambien en las zonas geográficas expuestas en sus relaciones.

Dije entonces y digo ahora que esos cronistas ó historiadores debían dividirse en dos clases: los unos porque narraron los hechos que pasaron delante de sus ojos, y los otros que sólo refirieron lo que oyeron á testigos más ó menos bien informados ó más ó menos interesados; y así habló Ruiz Díaz de Guzman que escribió su *Argentina* en Chuquisaca por lo que oyó á sus amigos y sus abuelos, y hablaron despues los padres Solano y Guevara y al Arcediano Barco de Centenera que, llegando *cien años* despues con el señor Ortiz de Zárate, se dió á inventar nombres de lugares y de guerreros y á figurar batallas y peleas; y hasta tanto que el sábio don Félix de Azara tuvo que decir á su tiempo que todo aquello había sido *fantasía de imaginacion extremeña calentada por el sol del Plata.*

La verdad verdadera es que, si muchos de los cronistas coetáneos á la conquista pasaron largos años de su vida en estos territorios y si bien, en el órden de la credulidad histórica, son dignos de fé, hay que tener presente, para reducir á su justo valor los hechos que narran, sus antecedentes biográficos, las condiciones de su carácter, las circunstancias particulares en que se encontraban, para comprender hasta que punto podrían tener interés en desfigurar ciertos hechos, interpretar otros torcidamente, callar algunos y exhornar otros con detalles y maravillas que podría sugerirles su imaginacion ó el afan de asignarse un papel muy importante en la conquista. No conocían tampoco lo que más adelante se llamó *historia filosófica*, y el mundo intelectual y el mundo civilizado era la sexta parte de lo presente.

En la misma Europa no se busca la perfeccion de las obras históricas en los azarosos tiempos de la Edad Media, en los cuales las ciencias rendían homenage á la guerra, puesto que los letrados necesitaban vivir al amparo del más fuerte, sacrificando para conseguirlo su independencia y su saber.

¿Ni qué podría esperarse de aquella época de revueltas y de parcialidades, en la cual nada había asentado ni sólido, donde ningun derecho era reconocido y las nociones de lo justo y de lo injusto eran olvidadas ó completamente despreciadas? Crónicas y meras compilaciones, monumentos curiosos para escribir la historia y nada más, y aún así, hay que dar las gracias á sus autores que, envueltos en el torbellino de las contiendas civiles, tenían bastante valor para escribir sus obras, sin temor á las venganzas de partido, mucho más terribles cuando partían de la fuerza aconsejada por la ignorancia.

Y volviendo hácia el Nuevo Mundo, su descubrimiento y su conquista, no debe extrañarse tampoco que algunos testigos presentes de aquellos magnos sucesos los hayan expuesto y narrado con completa buena fé, dejándose sorprender por las maravillas del mundo desconocido que entonces se revelaba á su presencia, ofuscando con engañosas apariencias ó juzgando impropiamente las cosas, para referirlas al único criterio que podía tener que era el de la cultura europea, fuera de la cual lo consideraban todo como bárbaro, como incivilizado y salvaje.

La falta de conocimientos en la mayor parte de las ciencias naturales, no les permitían dar á los fenómenos que presenciaban su verdadero valor, su exacta y racional explicacion; y si esto acontecía con los hombres de verdadera educacion literaria y científica, ¿cuáles no serían los errores en que involuntariamente incurrirían los rudos soldados, los sacerdotes sin educacion preparatoria, que aprovechaban los momentos de trégua para consignar en tosco lenguaje los sucesos y las costumbres y prácticas de los naturales que no podían interpretar exactamente por la absoluta ignorancia de la lengua de los indígenas?

Téngase tambien en cuenta que las relaciones de viajes debían caracterizarse siempre por algo de extraño y de maravilloso, pues las que carecían de este requisito eran reputadas de insulsas y desnudas totalmente de interés y de movimiento.

Despréndese de lo dicho que, si bien puede obtenerse mucho fruto de la consulta y exámen de los escritores coetáneos, es preciso tener siempre presente en este estudio las severas leyes de la crítica histórica para saber escoger los hechos verdaderos de los abultados y falsos que son fáciles de explicar y confundir.

La mayor parte de estas reflexiones son aplicables á los escritores concurrentes al descubrimiento y conjunto de ámbas Américas, que sólo escribieron, como he dicho, por referencias y por oidas, tomando datos de los más audaces exploradores ó de los actores secundarios de aquel gran drama.

Despues de éstos vienen naturalmente los verdaderos historiadores, que recopilaron con más ó menos amplitud, criterio é

inteligencia, los escritos de los que les precedieron; pero de éstos nada nuevo puede decirse, pues son meros compiladores que poco ó nada pudieron añadir, ni han podido hacerlo de la propia cosecha; y sólo cuando se comprendió que los datos oficiales podrían servir de poderoso auxilio para la historia, sólo cuando los famosos archivos de Indias, comenzaron á ser explorados, se rectificaron los errores nacidos del interés ó de la preocupacion.y cuando tambien vinieron á estudiarse las zonas y regiones en que se desarrollaron los sucesos, cruzados y torcidos en la mayor parte de las descripciones como, por ejemplo y entre nosotros, las muertes de Solis y de Alvarez Ramon.

Y tratando de historia americana, no debo pasar en olvido los escritores extranjeros que se ocuparon de la colonizacion española; y, en general, los primeros que dirigieron su atencion hácia este interesante asunto, valiéronse, para sus respectivos trabajos, de las crónicas españolas; pero, impulsados por un espíritu de celosa envidia, lastimados por el monopolio que ejercía España en comarcas cuya riqueza se exageraba, imbuidos por las enemistades nacionales, confundiendo el espíritu y tendencia de toda una nacion con las faltas y arbitrariedades de algunos aventureros, achacando á los monarcas y á los gobernantes los desafueros cometidos por funcionarios colocados á inmensa distancia del poder central, condenando errores económicos ó sociales de que en sus respectivas colonias daban y siguieron dando ejemplo sus mismos compatriotas, se complacieron y se han complacido en beber en fuentes impuras y adulteradas por la pasion y por un ódio sistemático.

De esta suerte, durantes siglos enteros han corrido por el mundo libros llenos de las más absurdas especies que presentaron la conquista hispánica como un acto de barbarie, de aniquilamiento y de sangrienta destruccion.

Es cierto que se cometieron actos reprochables; pero muchas veces los conquistadores, rodeados tan solo de un puñado de hombres en medio de pobladas comarcas, emplearon el terror como medio de seguridad; pero jamás estos hechos se erigieron en sistema y todo el afan de los gobiernos era que se inculcase á los indígenas la religion cristiana y con ella la cultura del viejo mundo, empleando para este fin más bien la fuerza de la persuacion que la de las armas.

Los hechos producidos en Estados-Unidos en nuestros mismos dias para la consumacion y conquista de todos los territorios, lo que se ha producido y produce en Australia y aún en nuestra vecina la República Argentina, justifican hasta cierto punto las pequeñas violencias de los conquistadores que carecian de los poderosos elementos de que disponen los modernos para anonadar y absorber las razas humanas inferiores.

Viniendo al objetivo de esta conferencia y dadas las consideraciones precedentes, debo manifestar que mi pensamiento se ha dirigido á emitir alguna luz en la historia nacional, en uno de sus períodos y á esos efectos he tomado la conclusion de la

guerra de los *nueve años* y sitio de Montevideo, que la posteridad considerará con asombro como lo consideró Alejandro Dumas, denominándola de *Nueva Troya*. Por otra parte, es triste condenar al silencio eterno á los ciudadanos que en algun concepto trabajaron en el país y en su ordenado progreso, segun lo entendian á través mismo de sus apasionamientos políticos.

Por las consideraciones expuestas, las noticias que voy á emitir con relacion á los hechos que vinieron á producir la conclusion de la guerra, con justicia llamada *grande*, servirán para que hoy ó mañana no se tergiversen los sucesos y hablen tambien *otros de los que vayan quedando para contar el cuento*, y el mio es de aquellos que deben denominarse de *vista de ojos*, porque yo, en la condicion de cirujano primero del ejército al Norte del Rio Negro y en la modesta edad de los apercibimientos que dán los 20 años, nada perdí de cuanto se desarrolló en el Plata desde el mes de Máyo del año 1851 al 3 de Febrero de 1852, en que se dió la batalla de Caseros, que finalizó la administracion del general Rosas en la Confederacion Argentina y determinó para aquel país un órden político-administrativo regular, entrando la gran República en el molde del ordenado progreso y civilizacion en que hoy se encuentra, siendo para el Uruguay el sacrificio de la tercera parte de su territorio original, llevándose la grosería hasta tomar, en último momento, un *afluente* inferior del Cuareim, que profundamente se interna en este país, por cabecera de aquel rio, un *saca-bocado* en que no quiso consentir el comisario don Joaquin Teodoro Egaña, haciendo abandono de su comision y de su título.

II

Al iniciarse el año de 1851, la provincia argentina de Entre-Rios gobernada por el General don Justo José de Urquiza, General en Jefe del ejército de operaciones de la Confederacion Argentina, se señalaba por una prosperidad material y tambien por el aumento visible de su comercio y por cierto progreso moral que determinaban los numerosos periódicos que repentinamente vieron la luz en aquella provincia,—inhabitable hasta la vigorosa administracion de Urquiza que acabó con los *Tacuabé*, los *Crispines*, los *Zapata* y los *Espino*, representantes del caudillaje prehistórico.

Por los respetos impuestos, el país entreriano estaba rico; sus numerosos ganados y su agricultura provocada por el mismo Gobernador, hicieron afluir allí una parte de la inmigracion que expontáneamente llegaba al Plata, y afluyeron tambien numerosos individuos del partido colorado y unitarios eminentes que poco á poco trabajaron el espíritu político y partidarista del General Urquiza, que gradualmente se vislumbraba en *La Regeneracion*, publicacion política interesante redactada por don Cárlos de Terrada (a) Lord Ponsombi.

El sentimiento de hostilidad contra la personalidad del General Rosas se había iniciado, y se produjo y se extendió en Entre-Rios desde la desaprobacion del famoso tratado de Alcaráz, y todos los nuevos elementos de que dia á dia se rodeaba el vencedor de India Muerta, de Vences y de Laguna Limpia, dejaban conocer, dejaban vislumbrar, en el claro oscuro de la política, que algo nuevo, extraño y desconocido debía producirse en el Rio de la Plata bajo la poderosa influencia del Capitan General de la Provincia de Entre-Rios, á quien ciegamente obedecía don Benjamin Virasoro, Gobernador de Corrientes.

Al fin, todos los sentimientos de hostilidad, ocultados por algun tiempo, hicieron su luz en Mayo de 1851, por una expléndida manifestacion del Gobernador de Entre-Rios, refrendada por el doctor Juan Francisco Seguí, por la cual se desconocía la autoridad del General Rosas, retirándole las Relaciones Exteriores y la Direccion General de Negocios de la Confederacion Argentina, por lo que á su Provincia correspondía, siguiéndole en ese procedimiento la Provincia de Corrientes.

El español don Antonio Cuyás y Sampere, comerciante de Entre-Rios, fué el encargado de comunicar esta novedad al Gobierno de Montevideo y de entablar relaciones de alianza.

No es de la índole de esta memoria juzgar lo que, segun algunos, podría haberse hecho para anonadar rápidamente y en sus focos aquella evolucion, pero la historia de la República Argentina, en sus vinculaciones orientales, ha de decirlo cuando corresponda, y dirá tambien que las otras provincias argentinas se mantuvieron fieles á las delegaciones hechas en el General Rosas y que sus Gobernadores concurrieron despues al acuerdo de San Nicolás, roto por la revolucion patriótica del 11 de Setiembre.

Miéntras tanto, en el mes de Julio correspondiente al mismo año, el General Urquiza vadeaba el Uruguay, y la divisa roja de *¡Viva la Confederacion Argentina!* que el mismo General usaba en su sombrero, había sido tornada por un lema de: *!Viva la organizacion Nacional!*

La Confederacion estaba, pues, hecha y faltaba darle constitucional vinculacion.

Le acompañaba el esclarecido General don Eugenio Garzon y todos los orientales, que por contrarias ideas á las que sustentaban los *defensores de las leyes,* se habían ido estableciendo gradualmente en la Provincia de Entre-Rios, al ampáro y proteccion que á todos dispensó su advertido gobernador.

Aquel ejército unido de vanguardia de la Confederacion Argentina que, obedeciendo las órdenes del General Oribe, había vencido en el *Quebracho Herrado,* en el *Rodeo del Medio* y en San Cala y pacificó el extenso territorio que constituye hoy aquella gran Confederacion, estaba fraccionado en esta República y tenía sobre la Capital ó sitiando á la Capital, batallones mandados por los coroneles Costa, Maza y Ramiro, y divisiones de caballería á las órdenes de los jefes Quesada y

Lamela, y despues, extendidos por los campos, al coronel don Nicolás Granada, el vencedor de Rico en Chascomús, que mandaba la division Sud, y le obedecían los comandantes don Ramon Bustos y don Bernardo Gonzalez, las divisiones números 4 y 6 respectivamente, á las órdenes de los coroneles don Cayetano Láprida y don José María Flores, y regimientos de caballeria que dirigían y ordenaban los coroneles Sosa, Burgoa, Hidalgo, Echegaray, Videla, Palao, y batallones de Patricios todos de la Guardia del Monte, que mandaban don Cesáreo Dominguez y Libres de Buenos Aires al mando del Coronel don Pedro Ramos y don Nicolás Martinez Fontes, y artillería que obedecía órdenes de los comandantes Castro y Mendez.

En el ejército de estas referencias y en el sitio de Montevideo estuvieron tambien algunos años el General don Angel Pacheco y el Baron de Hollemberg, aquel mismo Hollemberg que con el General Zapiola habian sido los inseparables compañeros del denonado General San Martin, partiendo desde Europa.

Los jefes, los oficiales, los soldados que constituían aquel ejército eran, muchos de ellos, ricos estancieros de la Provincia de Buenos Aires; otros de los que en algun sentido habian cruzado la América Meridional en la hispánica independencia y habian llegado al pié del Tupungato, del Sorata y del Illimani, guiados por los Belgrano, los San Martin, los Bolivar, los Sucre, los Salaverry, los Gamarra; y otros habian sido de aquel heróico 9 de de línea que, mandados por el coronel Pagola y su segundo don Pablo Aleman, hijos de Canelones, representaron denodadamente al Uruguay en Chacabuco, en las pendientes Andinas; y otros en fin habian cruzado el Cusuleubu y el Neuquen con Arbolito, Rosas y Pacheco procurando esa conquista pampeana que han consumado los doctores Alsina y Avellaneda.

Pertenecían, pues, aquellos soldados al linage de los hombres de pelea. Eran, todos, hombres encanecidos y su conversacion individual de crónica histórica así empezaba por los llanos de *Torata* como seguía por *Pasco*; eran algo así como el residuo de los guerreros de los tiempos heróicos, fraccionados y dispersos por las contiendas civiles y extendidos por toda la América antes y despues de consumada la Independencia; sustancialmente, lidiadores que batallaron en estos países desde la invasion inglesa de 1806 hasta las batallas de Ayacucho, Ingabí é Ituzaingó.

Netamente, los soldados de estás referencias representaban en el terreno de la práctica la idealizacion de los bardos americanos, Heredia, Magariños Cervantes y Plácido sin desmentir su valor, su abnegacion, su patriotismo y la real fantasia de la pátria y de la pátria sin más pretensiones.

Lo que sorprenderá sobre todas las sorpresas es que los soldados de aquel ejército no tenian de *pret* más que veinte pesos papel al mes, equivalentes á un patacon, y los coroneles, 500 pesos papel equivalentes á 25 patacones y esto dará cuando menos la idea de la alta disciplina de aquellos soldados y del respeto que todos tributaban al superior. El uniforme de los jefes y oficiales

le constituia una chaqueta de grana, un chaleco del mismo color, pantalon de paño azul oscuro con franja colorada, botines de becerro y una gorra de manga para los cuepos de caballeria y redonda ó achatada para los infantes—Para los soldados, el uniforme consistia en una camiseta de paño colorado que copió Garibaldi para su uso y para uniforme de los voluntarios de Marsala, chiripá colorado de paño, camisa y calzoncillo de lienzo y para calzado unas hosutas ó sandalias de cuero como los soldados romanos de César y de Pompeyo—Eran sus armas espadas para jefes y oficiales y para los soldados fusil de chispa provisto de cuatro paquetes en la respectiva canana, bayoneta, morral y cantimplora flamenca para el agua. Este gran tipo del soldado argentino le tenemos en un lienzo regalado por nuestro amigo Blanes.

En las condiciones expuestas y con el personal expuesto, el ejército federal argentino obedecia las órdenes del general Oribe que, en los momentos en que se producian los sucesos de Entre-Rios, y pasaban los generales Urquiza y Garzon el Uruguay, tenia al brioso brigadier don Ignacio Oribe destacado al Norte del Rio Negro en campo de observacion sobre las márgenes del arroyo Malo.

El ejército entreriano efectuó su pasaje del Uruguay sin oposicion de ninguna clase y las fuerzas oribistas destacadas en las riberas y que obedecian al general don Servando Gomez, se pronunciaban por el contrario en favor de la invasion dirigida para este caso por oficiales que no quiero yo individualizar por razones de moral política nacional.

El general don Servando Gomez era uno de los guerreros de la Independencia, sirvió con el general Laguna en la epopeya de los Treinta y Tres; soldado leal en toda la extension de la palabra; pero pocos tiempos antes de los sucesos que narramos, se habia dejado sorprender por unas turbas brasileras denominadas *californias* que, á las órdenes del Baron de Yacuy, Chico Pedro de Abreu, invadieron el Norte del Rio Negro para robar vacas como los Paulistas de otros tiempos y que á su vez fueron anonadados por el coronel don Diego Lamas y desbriznados por el comandante don Dionisio Trillo en las márgenes del Tacumbú.

Por los sucesos precedentes, el general Gomez habia sido depuesto de su alto cargo de general en jefe al Norte del Rio Negro, y así su resentimiento le dió motivos más que suficientes para entrar en las combinaciones que con tanto tino preparó el general Garzon para invadir el territorio uruguayo respondiendo á la grande alianza.

Algunas divisiones que pertenecian á los *Defensores de las leyes* con su blanca y púrpura divisa, siguieron defeccionando al Norte por el solo prestigio que á los orientales infundia el general Garzon, causa tambien inmamente de las disgregaciones sucesivas que sufrió el ejército del general Oribe. Los respectivos jefes de esos cuerpos, Lamas, Egaña, Brian, Argentó y otros, tuvieron que ponerse al amparo de las lealísimas divisiones

argentinas, que en aquella region mandaban el coronel Hidalgo, comandante Dominguez y mayor Basso, que inmediatamente emprendieron un movimiento de retirada, buscando la incorporacion del general don Ignacio Oribe que, como he dicho, campaba en el arroyo Malo.

Don Dionisio Trillo, Jefe de las Fronteras del Nordeste, con la lealtad que en todos sus actos le caracterizó, viéndose abandonado, denodadamente se abrió paso hácia el Brasil, buscando restituirse como se restituyó al ejército fiel de don Manuel Oribe que organizaba en el Arroyo de la Vírgen.

Efectuada la incorporacion de las fuerzas de Hidalgo y de Dominguez, don Ignacio Oribe emprendió la retirada en direccion al Rio Negro y se habían recorrido unas cuantas leguas, es decir, se habría llegado á las márgenes del arroyo Charata, cuando el enemigo se presentó tiroteando la retaguardia y haciendo prisioneros algunos bagajes y recibiendo yo personalmente un balazo en la clavícula izquierda.

El Coronel don Juan Valdéz era en aquella sazon Comandante General del Departamento de Tacuarembó; y, sea por el especial cariño que le profesaban sus subordinados ó por la decision de los ciudadanos de aquel departamento, entre los que se encontraban don Tristan Azambuya, don Pedro Chucarro, don Lino Herosa, don Juan Benito Palacios y otros distinguidos caballeros, ello es que aquel departamento puso en movimiento una columna de mil hombres de infantería y caballería, que no pudiendo hacer su incorporacion con don Ignacio Oribe, por la interposicion de las fuerzas enemigas, rápidamente adelantadas, efectuó el paso del Rio Negro por el Rincon de Zamora, mientras el brigadier Oribe buscaba en línea recta la manera de efectuar ese mismo pasaje, salvando sus numerosas caballadas, que eran la principal atencion del ejército invasor.

Valdéz, perseguido y escopeteado por compañeros de la víspera, siguió lealmente al Arroyo de la Vírgen con su division íntegra, mientras el brigadier Oribe, estrechado en la picada de su nombre en las márgenes del Rio Negro—desbordado por las contínuas lluvias—presentaba batalla á un enemigo que se negó resueltamente á aceptarla por tres dias consecutivos, por más que se hicieron los adelantos y las decididas provocaciones que á esos casos corresponden.

El general Urquiza demandó una entrevista particular y privada al brigadier Oribe, que la rechazó con indignacion, mientras hacía llegar á manos de los jefes argentinos las más atentas y cariñosas cartas en que exponía y manifestaba las causas que á su título *eran suficientes* para elevarse contra el general Rosas y unirse á los brasileros en la *Sublime Alianza.*

Era el 10 de Agosto, y el honorable coronel don Basilio Muñoz, jefe de la division Durazno, se presentó en la picada de Oribe por la márgen Sud, como para facilitar el paso del ejército del Norte, á lo que se dió inmediatamente principio por las caba-

lladas, por las carretas de parque y ambulancia y por las numerosas mujeres que en aquellos tiempos acompañaban á los ejércitos.

Al siguiente dia, aquella division, aquel cuerpo de ejército aquellos caballos, todo había desaparecido, y solo estaban allí el coronel don Basilio Muñoz, el comandante militar del Durazno don Faustino Mendez, los ciudadanos Pena, Imaz y Martinez y algunos ayudantes y asistentes que se lamentaban del abandono de los amigos y compañeros de la víspera que les habían dejado para huirse al enemigo que, al mando del mayor Neira, acababa de vadear el Rio Negro por el Paso de los Toros.

Tomaba aquello el carácter de un pronunciamiento general, y don Ignacio Oribe juzgó, en consejo de jefes, prudente efectuar tambien el paso del Rio Negro, como se ejecutó de noche, arrojando al rio la artillería pesada y seguir marchando al Sud, buscando el paso del Rey en el Yí, vadeándole en botes construidos para ámbos rios, de cueros frescos ahuecados con cimbras de sarandí y amarillo.

La marcha se ejecutó con toda precision y dejando á la derecha el rio de las Cañas, los cerros de Malvajar, y la histórica Capilla de Farruco y atravesando otros rios y otros arroyos y hostilizados de noche y de dia por enemigos ensoberbecidos por las defecciones, el ejército del Norte llegó al Arroyo de la Vírgen, haciéndose la juncion con el gran ejército que á las órdenes directas de don Manuel Oribe se organizaba en aquel punto.

Allí estaban las divisiones Colonia, San José, Canelones, Tacuarembó, que respectivamente obedecían á los coroneles Moreno, Alvarez, Golfarini y Valdáz, y estaban diversos regimientos y escuadrones sueltos, y el ejército unido de operaciones presentaba un personal, de 3.500 infantes, 7.000 ginetes y 24 piezas de artillería *Paisans* con dos coheteras á la *congrèce* que mandaba el comandante Milburn.

Así mismo quedaron en algunos Departamentos las divisiones correspondientes á los mismos, como para distraer la invasion llamada extranjera, y en este concepto el coronel Casaravilla y los comandantes don Tomás Villalba y don Fernando Grané estaban en lo que correspondía á Soriano, el coronel Barrios en los de Minas y Maldonado, y en Cerro-Largo el intrépido don Dionisio Coronel iniciaba la campaña contra el Brasil derrotando la vanguardia de su ejército en el paso de las Piedras de Yaguaron.

Desprendíase mientras tanto del Arroyo de la Virgen una division rápida de caballería, á las órdenes de los mayores Aparicio y Leon Benitez, para distraer la rumbosa marcha que por el centro de la República ejecutaba el general Urquiza, buscando la aproximacion del ejército de don Manuel Oribe.

Componíase el ejército del general Urquiza principalmente de fuerzas de caballería, que mandaban jefes tan acreditados como don Venancio Flores, Urdinarrain, Palavecino y otros que antes habían hecho campaña en este país, y además una columna de

500 hombres de infantería á las órdenes de los coroneles Francia y Basabilbaso: un total como de 6000 hombres.

Correspondía tambien á ese ejército un jefe de gran prestigio en Entre-Rios, muy distinguido por su valor, por su educacion y por ciertas condiciones de carácter que le habían hecho merecer la mayor amistad y confianza con el general Urquiza. Este jefe era el coronel don Ricardo Lopez Jordan, tan conocído despues por otros incidentes que no nos corresponde mencionar.

El general Urquiza hizo alto en las aproximaciones del Arroyo de la Virgen y despachó cerca del general Oribe á su muy acreditado coronel Jordan con una mision en todos conceptos amistosa, pero privada, que vino á producir en el ejército cierta suspension en los espíritus, mucho más cuando el señor Lopez Jordan volvió á su campamento acompañado del coronel don Juan Carballo, ayudante de don Manuel Oribe y compadre y amigo de Urquiza.

Al dia siguiente volvía muy de mañana el coronel Carballo y poco despues de una larga entrevista con el general Oribe, salía el mismo coronel con el coronel don Lúcas Moreno para el campamento de Urquiza.

El silencio del general Oribe para con los jefes argentinos, el misterio que envolvían aquellas idas y venidas hicieron cundir la desconfianza, hasta el punto de que los argentinos se creyeron traicionados y produjeron una manifestacion atenta por cierto, pero valiente, cerca del general en jefe en demanda de luz y de conocimientos.

En estas circunstancias, volvía el coronel Moreno con un proyecto de Tratado propuesto por Urquiza, que inmediatamente pasó á conocimiento de los jefes argentinos que ló aceptarian, *siempre* y *cuando mereciese* la aprobacion del general Rosas.

El coronel Moreno, con la autoridad que le daban sus inmensos servicios, sus acuerdos con los jefes de las divisiones orientales, y sobre todo, su íntima amistad con los generales Urquiza y Oribe, hizo pasar el Tratado, sometiéndolo sin embargo á la consideracion del general Rosas.

Al siguiente dia, la paz se festejó con dianas y como consecuencia de las cláusulas concertadas, el ejército oriental debía disolverse empezando por marchar el mismo Moreno para Colonia, Valdéz para Tacuarembó y así las otras divisiones que comprendían á los demás Departamentos debían proceder al licenciamiento general, como se ejecutó con esas divisiones.

Las bases de aquel tratado fueron inmediatamente enviadas á Buenos Aires conducidas por don Pedro Ramos, acompañado de don José Agustin Iturriaga, cruzando el Plata desde el Arazati, y ese tratado contiene sustancialmente lo siguiente:

«Que las tropas orientales, tanto blancas como coloradas, se licenciarían inmediatamente y se procedería de acuerdo con don Manuel Oribe y el jefe de Montevideo y con intervencion del general Garzon á poner en práctica el sistema constitucional,

siguiendo derechamente al nombramiento de senadores y diputados que eligiesen el presidente de la República.

«Que siendo las tropas argentinas meramente auxiliares del general Oribe, desde que cesaron en su carácter del ejército unido de vanguardia de la Confederacion Argentina, se embarcarían en el Buceo para Buenos Aires con sus armas y bagajes y despedidos de una manera atenta y oficial.»

Estas fueron las bases de las capitulaciones del arroyo de la Vírgen negociadas por el coronel Moreno y que se festejaron como fiestas de paz; y mientras tanto, los ejércitos siguieron guardando por algunos dias los mismos campamentos y las mismas posiciones dando lugar á que el general Rosas contestase y pudiese tambien el Gobierno de Montevideo enterarse de tan interesantes asuntos, por más que el general Garzon asumió facultades especiales para pactos y acuerdos concedidos con anticipacion por el Gobierno de Montevideo, presidido por el prudente Suarez.

Cuando se efectuó el movimiento general de concentracion sobre el Arroyo de la Vírgen, el coronel Moreno, jefe de la Division Colonia, aumentada con el Batallon Defensores al mando del comandante don Márcos Rincon, los habitantes de la Colonia y algunos partidarios de Urquiza y colorados residentes en aquella ciudad, hicieron un pronunciamiento en favor del Gobierno de Montevideo y contrario á la política y administracion de Oribe.

El coronel Moreno, con parte de la division de caballería y algunas compañías del Batallon Defensores al mando del mayor Lenguas, volvió rápidamente sobre esa ciudad y apoderándose de ella hizo prisioneros á los jefes del movimiento, castigándolos severamente.

Todo esto concurrió á que el coronel Moreno aumentase su popularidad y prestigio, y la confianza en su decision aumentase tambien entre los orientales que de buena fé se disponían á guerrear contra los aliados.

Pasáronse algunos días sin que ningun acontecimiento militar interrumpiese lo que podía significar la paz hecha. Montevideo, que había roto las hostilidades contra el ejército sitiador, suspendió las armas y todo parecía dirigirse á la efectividad de una paz tantas veces suspirada. Sin embargo de esto, el vizconde de Caxias, general en jefe del ejército brasilero, habiendo atravesado la frontera seguía hácia Montevideo á marchas cortas y el ejército del general Oribe, acampado hacía tiempo en el Arroyo de la Vírgen, había mudado de campo hácia Carreta Quemada y de allí gradualmente seguía, á marchas cortas tambien, la direccion de Santa Lucía, buscando el paso del Soldado que se vadeó por todo el ejército, siendo jefe de la retaguardia el coronel argentino Quesada.

¿Cuál no sería la sorpresa del ejército, cuando se sintieron repentinamente tiros, guerrillas y verdaderas hostilidades sobre esa retaguardia y se reconocieron clara y distintamente conside-

rables masas de caballería forzando el paso del Soldado y que esas caballerías obedecían las órdenes del general Urquiza?

El ejército del general Oribe hizo alto en las márgenes del *Mataojo* y el general Oribe, sorprendido, verdaderamente asombrado de la conducta del general Urquiza y de la burla del Tratado de Paz, despachó al coronel don Diego Lamas cerca de aquel general preguntándole las causas y motivos que habían producido aquel rompimiento. El general Urquiza no se portó en verdad con lealtad, porque la carta del coronel Moreno á que se refirió datada en las márgenes del Colla y que era de simples reflexiones á propósito de la paz de que había sido negociador, no era motivo ni pretexto suficiente para faltar á las leyes de la equidad y así y por estos propósitos siempre fué y nos lo manifestó muchas veces el señor Moreno, una perpétua mortificacion para él, por la torcida interpretacion que hizo el general Urquiza de algunas amistosas consideraciones, vaciadas en la particular y distinguida amistad que tenía hácia dicho General.

No consiguiéndose, pues, ni aún una suspension de hostilidades, el ejército hizo alto y campó sobre el mismo paso de Mataojo, atravesando al dia siguiente ese arroyo y tomando la direccion de Las Brujas.

No habían pasado todavía la mitad de las fuerzas, cuando se presentaron el coronel don Pedro Ramos y el señor Iturriaga procedentes de Buenos Aires, que, como se ha dicho, llevaron la mision de comunicar al General Rosas el Tratado de Paz del Arroyo de la Vírgen.

Como es de suponer, don Manuel Oribe se apoderó del coronel Ramos y siguió con él, miéntras los jefes argentinos le esperaban con ansiedad para saber qué les decía su general y gobernador y cómo había aceptado el Tratado.

Al fin, desprendido el coronel Ramos, púsose al habla con sus compañeros y amigos, á los cuales no les sacó asimismo de la justísima ansiedad en que se encontraban, contestando netamente á sus demandas que el *Restaurador nada les mandaba decir.*

Esto, como lo diré más adelante, era falso, y si el coronel Ramos, no olvidándose de que era argentino, antiguo capitan de Dragones de la Pátria, ayudante de campo del general Rosas, hubiera cumplido con su deber, por cierto que la conclusion de aquella guerra hubiera tenido una solucion más elevada, porque los elementos de que se disponía no podía contrarestarlos la alianza, y lo probable es que, como consecuencia de decisiva victoria, el Uruguay hubiera chancelado con el Brasil sus cuestiones de límites sin sancionar el *Utti posedetis que se usó para el tratado de 1851*, y la laguna Merin, el Ibicuy, el Yaguaron y otros rios serían navegaciones interiores de la República Oriental.

El coronel Ramos era portador de una nota privada de Rosas para los jefes argentinos, y tuvo la debilidad de mostrarla al general Oribe, que no había merecido un simple acuse de recibo,

con relacion á los tratados del Arroyo de la Vírgen y de la paz pronunciada allí.

Sufrió el general Oribe un verdadero desaire de parte de su aliado, una contrariedad peor que la que le ocasionó el tratado Gore Gros, pero comprendiendo la inmensa evolucion que había de producir la nota de estas referencias llevada al conocimiento de los argentinos, le hizo prometer al coronel Ramos el silencio hasta momentos más oportunos, y hasta le dijo: que él no era un traidor y que el único modo de dar satisfaccion al ejército argentino que por tantos años le obedecía, sería pegarse un tiro en su presencia para dar cierta y solemne sancion á su lealtad de caballero, malamente desconocida por Rosas en tan decisivos y complicados momentos.

El ejército continuó, pues, su concentracion hácia el Cerrito y atravesando el Colorado, siempre y constantemente escopeteado por el enemigo, quiso el valeroso general Oribe, el 2.º jefe de los 33, acompañado del negro Dionisio, uno tambien de los 33, tentar una batalla, una de esas heróicas batallas que deciden de la suerte de los pueblos y así dispuso que los bagajes y las mujeres siguieran para el Cerrito, y despues haciendo pié y dando vuelta, se retrocedió desde las Piedras hasta las Brujas, escopeteando á su vez á un enemigo que en todos conceptos carecía de las leyes de la equidad militar, diciendo que no quería *batallar con los compañeros y los amigos de la víspera.*

Al fin fué necesario volver hácia el Cerrito y se volvió á la vez tiroteados por la espalda y escopeteados por los flancos en que cayeron algunos leales como el capitan Arias y muchos de aquellos valientes del ejército argentino, cuyo espíritu de cuerpo y de nacionalidad, la historia jamás ensalzará lo bastante.

Presentáronse en aquellas circunstancias con algunos leales compañeros, los renombrados capitanes Olid, Aparicio, Leon Benites y Trillo, para participar de los efectos que debía producir la conclusion de la gran epopeya de los nueve años.

La retirada del ejército se hizo con órden, se atravesó por la mitad del pueblo de las Piedras, bajo los vivísimos fuegos del enemigo, y al fin se llegó al Cerrito de la Victoria para producirse la paz del 8 de Octubre.

El General Urquiza estableció su Cuartel General en el molino de las Piedras, y estableció un verdadero sitio adelantándo sus avanzadas hasta cerca del Saladero denominado de Legris.

Por estos sucesos y estos extraños acontecimientos, el ejército sitiador durante nueve años, vino á ser extrechamente sitiado y y con hostilidades á su frente y á su espalda, y hasta una flotilla procedente de Montevideo se presentó en el Buceo, siendo rechazada por las fuerzas que mandaba el honorable capitan don Joaquin Idoyaga.

La situacion, pues, no podía ser más crítica y dudosa; aquello no podía prolongarse, porque los pocos ganados que se habían llevado por delante debían concluir en cinco ó seis dias y las caballadas circunstritas á extrecha zona de tierra tambien debian

enflaquecerse y morir, como empezaron á morir por falta de alimentos y de extensiones de apacentamiento.

D. Manuel Oribe envió cerca de Urquiza varias comisiones buscando el arreglo del arroyo de la Vírgen; entre otros caballeros fueron sucesivamente enviados los señores don Bernabé Caravia, el respetable don Juan Francisco Giro, el doctor Joanicó acompañado del no menos distinguido doctor don Eduardo Acevedo; pero esas misiones no dieron resultado ninguno y mientras tanto, seguían las hostilidades y todos los dias, en las dos líneas, había heridos y muertos.

El coronel don Pedro Ramos, que como se ha dicho, fué el encargado de llevar al general Rosas el conocimiento del tratado del arroyo de la Vírgen, se hallaba alojado en la fortaleza del Cerrito, en las piezas mismas del capitan Mayer, director de señales; y con la cariñosa amistad que nos dispensaba, y hallándose además enfermo, le fuimos á visitar, encontrándole en una horrorosa excitacion. Ay, amigo!, nos dijo, llevándose la mano á la garganta, tengo aquí una cosa que me ahoga, y solicitándole con insistencia lo que ocasionaba su molestia, nos alcanzó una nota oficial del general Rosas, cuyos términos eran nada menos que la desaprobacion del tratado del arroyo de la Vírgen y una protesta patente de los procedimientos del general Oribe, igual por igual á lo que ejecutó en la negociacion Gore-Gros ampliado por las circunstancias. Esa nota decía lo siguiente:

El Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires encargado de las Relaciones Exteriores que comprenden á la Confederacion Argentina—Á los jefes del ejército unido de vanguardia, en operaciones en la República Oriental.

Habiendo don Manuel Oribe, Presidente de la República Oriental del Uruguay y General en Gefe del ejército de vanguardia de la Confederacion Argentina, faltado al pacto y á los compromisos contraidos con la Confederacion Argentina, pactando con el traidor, etc., etc., etc. (suprimo calificativos), de Urquiza haciendo acuerdos con el Brasil, el Gobernador y Capitan General que suscribe ordena:

1.° Que los jefes argentinos que mandan cuerpos en la Banda Oriental desconozcan la autoridad del general Don Manuel Oribe, procedan al nombramiento de uno de los jefes que los dirija, de acuerdo con lo que se indica en el pliego especial de instrucciones, que conduce mi edecan, el coronel don Pedro Ramos.

2.° Que sin consideracion de ningun género, los cuerpos argentinos que sitian la ciudad de Montevideo la abandonen y tomen la direccion del interior, llevando la artillería y parque correspondiente á la Confederacion Argentina.

3.° Que los heridos, los enfermos y los inválidos sean conducidos tambien en las ambulancias.

Las instrucciones especiales escritas de puño y letra de D. J. M. Rosas acreditan el tino práctico de aquel hombre de estado que

respondía á sus tiempos y al bravísimo período de transicion política federal ó unitaria por que había de pasar la República Argentina, hasta entrar en los cáuces en que actualmente se encuentra para seguir las corrientes de un grande y ordenado progreso.

En esas instrucciones se contenían las ordenanzas por las cuales los jefes del ejército debían proceder al nombramiento del *jefe provisional* que había de dirigirles y se expresaban las fuerzas que sucesivamente saldrían de Buenos Aires por el *delta del Paraná*, para la constitucion de un grande ejército de operaciones y lo que para esos movimientos correspondía al señor don Antonio Reyes y los acreditadísimos coroneles Chilabert, Pedro P. Diaz, Hernandez y Eugenio Bustos.

He de repetir que don Pedro Ramos rompió con la unidad de aquellos pensamientos dejándose imponer silencio por don Manuel Oribe y he de repetir tambien, sin partidarismo, que si aquel coronel hubiera cumplido con su deber, la guerra y sitio de los nueve años hubiera concluido de una manera valerosa y heróica como en realidad le correspondía.

Nada de aquello sucedió y como los sucesos amontonados en el Cerrito tenían necesariamente que tener una solucion, esa solucion se vino á producir de la manera siguiente:

Cuando el coronel Ramos tuvo la debilidad de mostrar al general Oribe la nota que para los jefes argentinos conducía, este pundonoroso jefe manifestó al coronel Ramos que tenía todavía los medios suficientes para salvar al ejército argentino, haciéndole decorosamente embarcar para Buenos Aires, y Ramos le creyó y calló hasta el momento en que me hizo la confianza y el honor de mostrarme la famosa nota, que inmediatamente llevé á conocimiento del coronel argentino don José María Flores, que me dispensaba, con la distancia de las posiciones, la más cariñosa, la más franca y leal amistad.

Flores se sorpendió de aquello y creyó conveniente dar conocimiento á todos sus campañeros, y al efecto les citó para una reunion en su carpa, y allí acudió el valeroso coronel don Gerónimo Costa, el sereno coronel don Cayetano Laprida, el pensador coronel don Nicolás Granada, y en fin, los jefes Maza, Fontes, Echegaray, Palao, Hidalgo, Sosa, Quesada, Ramiro, Gonzalez, Bustos, Lamela, Videla; todos estaban en aquel célebre y patriótico consejo para oír la tardía lectura de la nota del general Rosas y las instrucciones que la acompañaban.

Fué una sesion elevada, pero tempestuosa, y el bravísimo defensor de Martin García en 1839, el coronel Costa, se alzó sobre todos sus compañeros diciendo: que todo aquello era necesario cumplirlo, tal como el *Restaurador* lo mandaba, pero que era necesario préviamente juzgar al coronel Ramos por traidor, levantar el sitio y proceder totalmente de acuerdo con la nota y las instrucciones del general Rosas.

El coronel don Mariano Maza actuaba como segundo en esta memorable sesion; era yerno de don Manuel Oribe y tomando la

palabra manifestó que estaba autorizado para decir á sus compañeros presentes que el ejército argentino se embarcaría con todos sus bajages para Buenos Aires pues que el *Presidente Oribe* (fueron sus palabras) estaba en arreglos con el general Urquiza. *Las resoluciones se aplazaron por la templanza de los coroneles Flores y Granada.* Al siguiente dia de estos sucesos, y de estos variados acontecimientos fuí informado de que el general Urquiza, no tenía con el general Oribe tales contratos y compromisos y que por el contrario, el general Urquiza había en ese mismo dia manifestado á don Norberto Larravide, comerciante argentino establecido en la Union y enviado como negociador cerca del general Urquiza, dijese al general Oribe, que no podía ya negociar con él porque no mandaba ni orientales y hasta sus ayudantes le habían abandonado y que en cuanto á los argentinos trataría con ellos porque al fin eran sus compatriotas, sus compañeros de armas y sus amigos particulares.

El señor Larravide pidió al general Urquiza se sirviera consignar esas determinaciones en una carta que escrita de puño y letra de su secretario don Angel Elías tengo en mi poder y en que se expresaba y expresa en los términos siguientes:

«Mi querido general y amigo :

He manifestado á nuestro amigo don Norberto Larravide lo inconveniente y lo ineficaz de las misiones que usted me envía para tratar de asuntos que no tienen ya más solucion que un arreglo que salve el honor de usted y el del ejército argentino que obedece sus órdenes.

Yo deseo que esto se produzca lo más pronto posible porque siendo el vizconde de Caxias el general en jefe del ejército que ha de operar en esta República, segun nuestros precedentes tratados, yo cuando haya llegado aquel jefe con el grande ejército brasilero nada podré hacer en obsequio de mis amigos.

Yo le quiero á usted y le respeto, general; pero en las circunstancias en que se hallan las cosas y con las obligaciones que la alianza me impone, y con la aproximacion del vizconde de Caxias, general en jefe del ejército brasilero, yo no puedo hacer ya nada en el sentido que usted solicita...............................

....

....

Los argentinos son compatriotas míos, viejos compañeros de causa y yo debo entenderme con ellos y usted no debe oponerse; y, por el contrario, hemos de salvar el honor y la dignidad que corresponde á usted como general en jefe, víctima de la lealtad hácia don J. M. Rosas. Con tal motivo.»

Larravide era un comerciante argentino muy distinguido por su educacion, muy amigo de don Manuel Oribe y lleno de emocion le entregó la carta de estas referencias en presencia de don Ramon Artagaveytia y que leyó don Manuel, fuerte, pero profundamente emocionado. El general don Antonio Diaz y el coronel don Pedro Piñeyrúa llegaban en esos momentos al Cuartel Gene-

ral, y el general Oribe les hizo lectura de la carta de Urquiza, pidiéndoles resueltamente un consejo.

Era el 6 de Octubre, el mismo dia que los jefes argentinos habían tenido conocimiento de la nota y de las instrucciones conducidas por el coronel Ramos; júzguese, pues, qué dia sería aquel en el espíritu y en las tendencias de aquellos guerreros!!

El señor Artagaveytia, que sabía la inmensidad del peligro que se corría, aconsejó que debía buscarse el medio más práctico para llegar á la terminacion de aquella dificilísima situacion, porque las defecciones continuaban, las hostilidades hacían diariamente nuevas víctimas, y las numerosas familias agrupadas en la Union y en las quintas, corrían el inmenso peligro de una disolucion, de un saqueo y de cien atrevimientos, como consecuencia clara de una derrota general que era ya imposible evitar, y más con el extricto bloqueo establecido por la escuadra brasilera á las órdenes del almirante Grenffell

Apoyaron al señor Artagaveytia los señores Diaz y Piñeyrúa, pero el general Oribe, lleno de angustia, observó: yo, amigos mios, no puedo cometer la indignidad que pretende Urquiza, poniéndome á las órdenes de los jefes argentinos; primero morir, dijo con virilidad.

Despues de un prolongado silencio, habló otra vez el señor Artagaveytia y dijo: señor Presidente, yo me encargo de este asunto; á lo que contestó: hágalo, amigo don Ramon, y que nadie comprenda que yo he caido en tan miserable degradacion.

El señor Artagaveytia había tenido un pensamiento, uno de esos pensamientos que como un rayo hieren en supremos momentos la imaginacion de los hombres superiores, y se había acordado de mí para servirse como viaducto en las aciagas circunstancias en que se encontraba el país civil y blanco que había seguido una opinion política, correspondiendo á la legalidad de sus orígenes en la segunda administracion Presidencial.

Me conocía desde cadete de la primera compañía del batallon Voluntarios de Oribe, con 14 años de edad, que mandó desde su origen y aunque despues continué por la carrera de medicina y seguí á campaña con ausencia de largos años, siempre guardó cariñosa amistad por las vinculaciones que había desenvuelto su compadre y amigo don Juan Antonio Porrua y á que correspondí y sustentó hasta la muerte de este respetable amigo mio.

El señor Porrua me hizo llamar con toda urgencia al hospital de sangre del ejército, que atendía con el doctor Spielman con más de 200 heridos, que como es de suponer pasarían los pobres las más amargas penas, en medio de aquella tenebrosa situacion y mucho más cuando se efectuaba la desercion diaria de los practicantes del establecimiento y aun de algunos de los médicos.

Vine inmediatamente á ver al señor Porrua y le encontré con los señores Artagaveytia, Arteaga, Reisig, y Platero.

Platero era el mismo don José María Platero que había pro-

porcionado las 500 carabinas con que los Treinta y Tres iniciaron su campaña, y el señor don M. Reisig el primer Contador General de la nacion Oriental del Uruguay.

Luego, pues, me encontraba entre viejos y desinteresados patriotas, y aquella conferencia había de tener algo de grande y de solemne, y yo hasta cierto punto debía de encon trarme alto y elevadísimo sobre las esferas de mis años.

Así mismo mi espíritu nuevo y juvenil estaba algo trabajado en aquella escena de contrariedades; pero así mismo, repuesto cuanto debe reponerse el mozo que ha de hablar con personas superiores por dignidad y por edad, merecí que el señor Porrua, frio como era en sus manifestaciones, me felicitase por la alegre fisonomía que llevaba, diciendo qué aquello era una novedad en aquellas circunstancias.

Contestando lo que urbanamente debia contestar el señor Artagaveytia me dijo lo siguiente:

Le he hecho llamar, Ordoñana, porque nos encontramos en la más aflictiva de las situaciones; Urquiza no quiere tratar con el Presidente, diciendo que no manda orientales y que por esto, solo tratará directamente con los jefes Argentinos.

En este sentido ha escrito tambien una carta que he leido y ha sido conducida por Larravide; no queda, pues, otra alternativa que la dispersion y el saqueo, ó que los jefes argentinos resueltamente se pongan en relacion con Urquiza y concluyan con esto, haciendo lo posible porque se haga un tratado y se salve la dignidad personal del presidente y de los que lealmente obedecemos sus órdenes.

En todas estas manifestaciones, se descubria la profunda emocion que embargaba el ánimo del señor Artagaveytia y el de los caballeros presentes, y en el mayor enmudecimiento parecian presa de un desconocido terror; yo creo que la herida moral que poco despues acabó con el señor Artagaveytia, la adquirió en esos angustiosos momentos y en esos dias de prueba.

Cuando me pareció que debía pasarse á la reaccion, le contesté: — Señor don Ramon: tranquilícese usted; yo hablaré ahora mismo con el coronel Flores, que es la primera figura de ese ejército, y comprendiendo perfectamente todo cuanto usted ha querido decirme, yo lo sabré traducir fielmente y seré, sin duda alguna, y por usted, el secreto agente de un movimiento hácia la paz, en que nos comprendamos todos los que hemos sabido mantenernos fieles á los principios que constituyeron esta homérica guerra que finaliza y además porque todo esto coincide con una nota del general Rosas que hoy de mañana fué leida en reunion de los jefes argentinos, que debieron haber embravecido la situacion si no hubiera sido por la prudencia de los coroneles Flores y Granada.

Aquello necesitaba terminarse; no habia ya carne con que racionar las tropas y el carácter general de la situacion era en todos conceptos disgregador, y así pues, me dirigí al campamento de Flores y apartando sus ayudantes don Felipe Ulloa y

don Justo Saavedra, que eran más que todo sus verdaderos amigos, le hice conocer la mision que llevaba, expresándole todo en el más patético, y sentimental de los lenguajes, por la parte que á los orientales correspondia, porque si bien era cierto que habia muchas traiciones y muchas y numerosas defecciones, no queria yo que la divisa *Defensor de las leyes* que tan lucidamente usaba en mi gorra, fuese en ningun concepto menoscabada, ni que esas *leyes* quedasen fuera de cualquier convenio que se iniciase directamente, como debia de iniciarse, por los argentinos.

El coronel Flores me queria y yo tuve sucesivas ocasiones tambien de probarle que le correspondia, y manifestándole el objeto que accidentalmente me llevaba me dijo: y á tí ¿que te parece? A mi lo que me parece es que llame usted reservadamente á los coroneles Granada, Laprida, Bustos y Garcia y consultando con ellos me dé usted á mí una esquela para el general Urquiza, diciéndole que me atienda en la mision privada que ustedes me deben dar, que debe reducirse á oirme.

Yo le conozco, le dije, y haré con prudencia que pase á una carta todas sus ideas y sus verdaderos fines, despues que yo haya emitido las que á ustedes correspondan en relacion al mandato de don Juan M. Rosas.

Así se hizo y así se procedió, y en la noche crucé al campo acompañado hasta las avanzadas por el rico propietario hoy del Norte de Buenos Aires don Felipe Ulloa, tropezando poco despues en las rondas enemigas con el Baron Du Gratti y el mayor Neira que cubrían la línea con la division *Estrella.*

Este Baron Du Gratti, belga de nacionalidad, y que despues he tenido ocasion de saludar en Bélgica como senador del Reino, era un distinguido caballero de la antigua nobleza belga y habiendo venido al Rio de la Plata en viaje de instruccion encontró conveniente tomar servicio y le tomó á las órdenes del general Urquiza en la campaña que iniciaba contra el general Rosas y los elementos que le representaban.

Estos gefes me proporcionaron despues de algunas explicaciones, un baqueano hasta el Molino de las Piedras, en que se encontraba el cuartel general y la galera correspondiente al general Urquiza con el que tenía que entenderme en aquella solemne ocasion.

Serían poco más ó menos las 12 de la noche y los fogones que son los que determinan la inactividad nocturna de los ejércitos, despues del silencio, y su mayor ó menor recogimiento, estaban ya apagados y solo se distinguía en una que otra carpa alguna pálida luz, desprendida por algun candil ó alguna vela de sebo que es la lumbrera de nuestros campamentos.

Acercándome al cuartel general, el baqueano á quien me ligaba ya amistosa confianza, me fué llevando por aquel dédalo de carpas y lucecitas hasta la proximidad de la galera del general Urquiza y le hice preguntar por la tienda del coronel Carballo á quien conocía y que era el mismo que hasta

cierto punto había iniciado la paz del Arroyo de la Vírgen teniendo por esas circunstancias que quedarse con Urquiza.

El coronel estaba ya acostado y en su misma carpa su hermano político don Manuel Iglesias cirujano del Batallon Defensores, compañero y amigo mío que hacía dias nos había abandonado pasándose al enemigo.

Estaba yo, pues, entre amigos de confianza y despachando al baqueano que me había acompañado desde las avanzadas, manifesté al coronel la necesidad perentoria en que estába de entregar una carta al general Urquiza. Carballo, como he dicho, era compadre y amigo particular del general, y desempeñaba en esos dias, más que el papel de ayudante, el de introductor; así es que el verdadero cuerpo de edecanes estaba acostumbrado á observar las especiales distinciones y confianzas que el general le dispensaba.

Así, pues, á fuerza de instancias y súplicas y de manifestarle que el general no se enojaría y que por el contrario se felicitaría, hice que se acercase á la galera para hacerle saber que estaba yo allí con una carta del coronel don José M. Flores y que tenía necesidad de entregarla inmediatamente.

Me hizo pedir la carta y la entregué al coronel Carballo, pero como la letra nada decía y simplemente era una credencial, el general me hizo subir á la galera mandando llamar á su secretario el señor don Angel Elías. Vamos á ver, amiguito, que mision trae usted siendo tan muchacho, porque el amigo Flores me dice que explicará usted el objeto de su venida y que *tiene carta blanca*. Hable pues con libertad.

Señor: le dije, se han producido una porcion de acontecimientos por la carta que V. E. ha escrito al Presidente con el señor Larravide, que leyó al señor Artagaveytia y otros señores y por él lo he comunicado yo al coronel Flores: además V. E. sabrá ya tambien lo que aconteció con una nota del general Rosas á los gefes Argentinos y todo esto hace que haya un verdadero malestar que creen los coroneles Flores, Granada, Britos, García y Laprida que es ya necesario concluir y por esto me permito suplicar á V. E. se sirva manifestar, en una esquela, si V. E. recibirá hoy mismo una comision de gefes del ejército argentino bajo el principio de que V. E. respetará la autoridad aunque nominal del brigadier general don Manuel Oribe gefe del ejército y que se le hará comprender á él, con los orientales que han sabido mantenerse fieles, en un convenio que se haga para todos.

El general Urquiza tenia condiciones de nobleza y generosidad; sabía responder á sus atavismos vascongados y alzándose en su catre dijo: «por donde consentiría yo nunca que se ajase á mi amigo don Manuel Oribe ».

Despues de estas consideraciones, escribió á don José M. Flores una carta en que le expresaba su ansiedad por terminar aquellos desagradables asuntos y que todo se arreglaría como correspondía á compañeros de armas.

Volví al campamento al aclarar el dia y Flores acompa-

ñado del coronel Hidalgo me esperaba con ansiedad llegando en esos momentos el coronel Granada.

Como consecuencia de mi mision, se convocó á todos los gefes del ejército y se nombró en primer término una comision que comunicára al general Oribe la resolucion adoptada de tratar directamente con el general Urquiza.

Esta comision la desempeñaron el coronel Maza y el mayor Fontes y dijeron que el general se había exasperado quejándose de su miserable suerte, pero mientras tanto los gefes congregados nombraban á los coroneles Flores, Bustos y García para entenderse con el general Urquiza.

Era el 7 de Octubre de 1851 y los sucesos que habían producido el sitio de los 9 años debían tener inmediata solucion.

La Comision Argentina fué perfectamente recibida por Urquiza que llamó al general Garzon para que se resolviesen aquellas cuestiones que tan hondamente habían trabajado al país Oriental y Argentino vinculados.

Era el general Garzon, militar muy ilustrado, guerrero de la Independencia y por pequeñas querellas, su amistad con el general Oribe había tenido algunos puntos de suspension y hallándose en Entre Rios y siendo tambien amigo de Urquiza había entrado en la alianza solucionaria y este caballero aun cuando observó las continuas defecciones de orientales, sabía que la parte más sustancial y más poderora del partido blanco, del partido rico y civil, continuaba siendo fiel á las ideas y principios del general Oribe.

Tomó el general Garzon á su cargo la confeccion de un convenio y lo ejecutó, acompañado del señor Elías, presentándolo poco despues á la consideracion del general Urquiza, simplemente como proyecto, porque había obligacion y necesidad de comunicarlo al Gobierno de Montevideo para cuyas conclusiones se representó por el distinguido Ministro don Manuel Herrera y Obes.

El general Garzon no quizo tampoco que don Manuel Oribe dejase de tomar una participacion en aquel convenio haciendo entrar al señor don Cárlos Villademoros, su ministro, en la totalidad de aquellos trabajos.

Ese tratado se efectuó en las formas conocidas, y las tropas argentinas abandonaron el Cerrito para pasar al campamento de Urquiza trasladado al Pantanoso para continuar á las órdenes de aquel general en la campaña que terminó en Caseros.

El coronel Maza y otros jefes no contentos con la paz se embarcaron secretamente para Buenos Aires en la corbeta inglesa Satélite y el batallon voluntarios de Oribe y las compañías de guardia nacional que mandaban los comandantes Areta, Aréchaga, Sienra y Suarez, y la caballería que obedecía al coronel don Pedro Piñeyrúa debían desarmarse y disolverse.

Esa guardia nacional que en su mayor parte se componía de ciudadanos de las más distinguidas familias del país, y que tantos [illegible]dos servicios había prestado en aquella homérica

guerra de los nueve años, y que con tanta lealtad se había conducido hasta los últimos momentos, sin faltar uno sólo de rendir culto á la magestad de su orígen y de su partido, rompía filas en sus respectivos cuarteles para dirigirse á la familia y al trabajo.

Los voluntarios de Oribe compuestos de vascongados, que sin lisonja y sin espíritu de compatriotismo, habían servido con lealtad, con orientalismo, durante todo el sitio, y habían sido diezmados en las contínuas luchas, tambien dejaron las armas, y formando línea en el gran patio del cuartel, se presentó el comandante de la Estacion Naval Española en el Plata, don Ramon Topete, acompañado del Secretario de la Legacion residente en Montevideo.

Don Ramon Artagaveytia, coronel de aquel batallon, manifestó á los soldados en un lenguaje bien sensible sus particulares agradecimientos por el espíritu de obediencia y de respeto que en todas las ocasiones le habian guardado y dijo despues: que el general Oribe le habia esencialmente recomendado de darles las gracias en nombre del país y que no dependia de él, ni habia dependido de su administracion. el que dejáran de ser recompensados todos y todos los servicios que habian prestado á esta su segunda patria en aquella azarosa lucha de los nueve años que concluia tan *vulgarmente*.

Ahora,agregó el señor Artagaveytia, tenemos que volver á ser españoles, volver á nuestra bandera, dejando de ser americanos.

Le acompañaban al coronel Artagaveytia los señores don Juan Antonio Porrua y don José Arteaga y estaban á su lado sus ayudantes Zalacain, don Antonio Maria Perez y don Rafael Camuso, y Topete le interrumpió con groseria negándole su calidad de español y reprochándole cierta cualidad de renegado.

El señor Artagaveytia contestó al imprudente marino como merecia, por su demasia y por su atrevimiento y hubo de producirse allí un verdadero conflicto con la tropa, si la prudencia del mismo Artagaveytia y la de las personas que inmediatamente le acompañaban no se hubiera sobrepuesto á la actitud que bruscamente asumió el batallon movido á la vez por el sargento Larrañaga ante las groseras palabras producidas por Topete con un señor y un jefe idolatrado por toda la tropa como superior y estimado y querido como caballero, y amigo particular de aquellos valientes y desinteresados eúskaros que en todos conceptos le acompañaron nueve años.

Los que no conozcan bien la historia pátria se preguntarán: ¿Cómo es que se encontraban tantos españoles mezclados en las contiendas políticas y significaban en la administracion y en la justicia con los Sagra, los Béjar, los Acha y los Reisig? Significaban por la sencilla razon de que, habiéndose roto los vínculos que unian estos pueblos con la madre patria, los peninsulares quedaron sin representacion hasta el gradual reconocimiento de la Independencia, y así se vieron tambien figurar en Buenos Aires los Lavalle, los Victorica y los Tejedor y los Maza, los

Gonzalez y los Madero y en uno y otro país, se amoldaron segun sus inspiraciones á los diversos partidos políticos, trabajando con entusiasmo, con patriotismo y decision.

Nada tiene pues de extraño que los voluntarios de Oribe teniendo que ser guardias nacionales hubiesen preferido un partido por otro y se encontrasenen tan arriesgadas circunstancias, al terminar la contienda que dió principioen 1836.

Al fin el batallon dejó las armas en pabellon, y poco despues se llevaban para el cuartel general por el carretillero José Aguirre (álias Cigarro).

Don Manuel Oribe sosegadamente esperó en su cuartel general y en su tienda, como los guerreros cartagineses, la conclusion y la consumacion de todos los épicos asuntos, y cuando vió el vacío ya producido en su derredor, tomó el camino de su quinta, acompañado de don Diego Lamas, don Joaquin Egaña, don P. Piñeyrúa, don R. Artagaveytia, don Lesmes Bastarrica y el lealísimo comandante don Adrian Arizaga, y nos parece tambien haber distinguido al caballero don Pantaleon Perez.

Las divisas habían desaparecido: se dijo en el tratado que no había vencedores ni vencidos; se fundían los partidos en un crisol.

Estaba yo con el doctor don Cornelio Spielman, médico que fué del general Artigas en toda su campaña, y como nadie había dicho una palabra sobre el destino que había de darse á los doscientos cincuenta heridos que se atendían en el hospital de sangre, casa de Chopitea, el doctor Spielman se adelantó á preguntar al general Oribe sobre lo que había de hacerse en aquel caso. El general contestó: ¡Ay, amigo doctor Spielman, cuánto le agradezco los servicios que durante tantos años ha prestado usted al país desde que yo era un muchacho en el ejército de Artigas!; pero yo ahora nada significo: soy un derrotado infeliz, que debe soterrarse para siempre!.... Esos heridos que tiene usted en el hospital, hágalos conocer de Urquiza, para que se les atienda, y mientras tanto, sáquese usted y usted, amiguito—designándome á mí,—esa divisa, porque eso *ya se acabó*.

Y así acabó el sitio de Montevideo, aquella epopeya de 9 años de batallas, que dió motivo para la total despoblacion de las estancias, romper su historia económica y que desapareciese sú pastoral Arcadia, para que los ganados mansos se convirtiesen en baguales y cimarrones; para que la poblacion nacional concentrada en los pueblos atravesase por las más grandes miserias y penurias, y la propiedad territorial criolla fuese sacrificada á vil precio, pasando de sus orígenes históricos á manos de los mercachifles y pulperos: mientras que la República Argentina crecía y Buenos Aires ofrecía á los unitarios que volvían de la emigracion las estancias aumentadas en todos sus ganados, y el respeto y el bienestar que no se habían conocido allí desde los tiempos coloniales, y hasta sus hijos, hijos de Montevideo, ***borrasen la luz de su nacimiento para ser argentinos netos.***

Aquel sitio había provocado la intervencion anglo-francesa, denodadamente rechazada en Obligado por el bravo general Man-

silla; intervencion que ningun resultado práctico vino á dar, ni con los *Purbis*, los *Defaudis* y los *Ousley*, ni tampoco con los *Hood* ni con los tardíos tratados *Soutren* y *Lepredour*, sino la prolongacion del sitio mismo que debiera haber terminado en formas más bruscas, más estrepitosas y heróicas, tanto por honor á los tirios como por gloria de los troyanos.

Por lo demás, soy de los que creen que la historia ha de guardar perpétua memoria de Pacheco, Bauzá, Tajes, Flores, Muñoz, Batlle, y Sosa, como *Héctores* de la leyenda *Nueva Troya*, porque no es suficiente lo que hasta hoy se ha dicho de ellos, ni es suficiente lo que hasta hoy se ha dicho de Bernardino Baez, comandante general del Norte del Rio Negro; ni de Fortunato Silva, héroe legendario de las quebradas de Minas y Maldonado; ni del coronel Blanco, en el Salto; ni de Calengo Centurion; ni de Brígido Silveira; ni de aquel *Flores el Chileno*, que en *India Muerta* cayó resignado como caen los intrépidos y los valientes.

He de concluir todas estas referencias, manifestando que el verdadero motivo y justificacion de las defecciones ocurridas y de aquel abandono de los amigos de la víspera, debe buscarse en causas preexistentes, y estas causas, por lo que al general Urquiza corresponde, tienen sus atavismos en la tenacidad del general Rosas en producir la *Organizacion Federal Argentina*, en dotarla de una Constitucion detenida siempre por *especiosos pretextos*, segun lo expresado por el general Urquiza en el Manifiesto de 1.º de Mayo de 1851. Los unitarios de los Rivadavia, fustigados en todas partes, habían desaparecido en los espacios, no quedando más que sus sombras, representadas por otras sombras.

En cuanto al Uruguay, las disgregaciones empezaron á producirse, y por el *personal mas culto, que se condenó á la silenciosa vida de las apartadas quintas*, desde que fracasó la mision confiada por S. M. B. al señor Hood en 1845, y desde que las otras misiones sucesivamente encomendadas al Conde de Waleski, por la Francia, y Lord Houden, por Inglaterra, fracasaron tambien, finalizándose con la que correspondiera al Capitan Gore y al Baron Gros; y todo esto nada más que por la omnímoda voluntad del General Rosas y de sus aprensiones de *criollismo indiano*, que tanto admiró el ilustre general San Martin, olvidándose el gobernante argentino de que había todo un país, toda una nacion, un pueblo con sus familias dispersas, sacrificadas á las penurias de una guerra sin fin, y que había tambien *diez mil* argentinos comprometidos en esa contienda y fuera de sus hogares hacía ya muchos años.

Don Manuel Oribe fué lealísimo á su palabra y á las consideraciones que mereció del general Rosas cuando fué emigrado á Buenos Aires, y á estos deberes, que pertenecían á un órden privado, sacrificó la suerte de sus partidarios y confundió la política puramente nacional con las aspiraciones y tendencias de un gobernante extranjero.

Por lo demás, si bien es cierto que se produjeron disgregaciones, aquéllas no tuvieron más que el carácter fugitivo de las circunstancias, para reconstituirse despues como partido de otras aspiraciones y alientos.

He dicho.

